

El siglo de “Demian” y la necesidad del retorno a Hermann Hesse



FOTOS: Internet

El librero

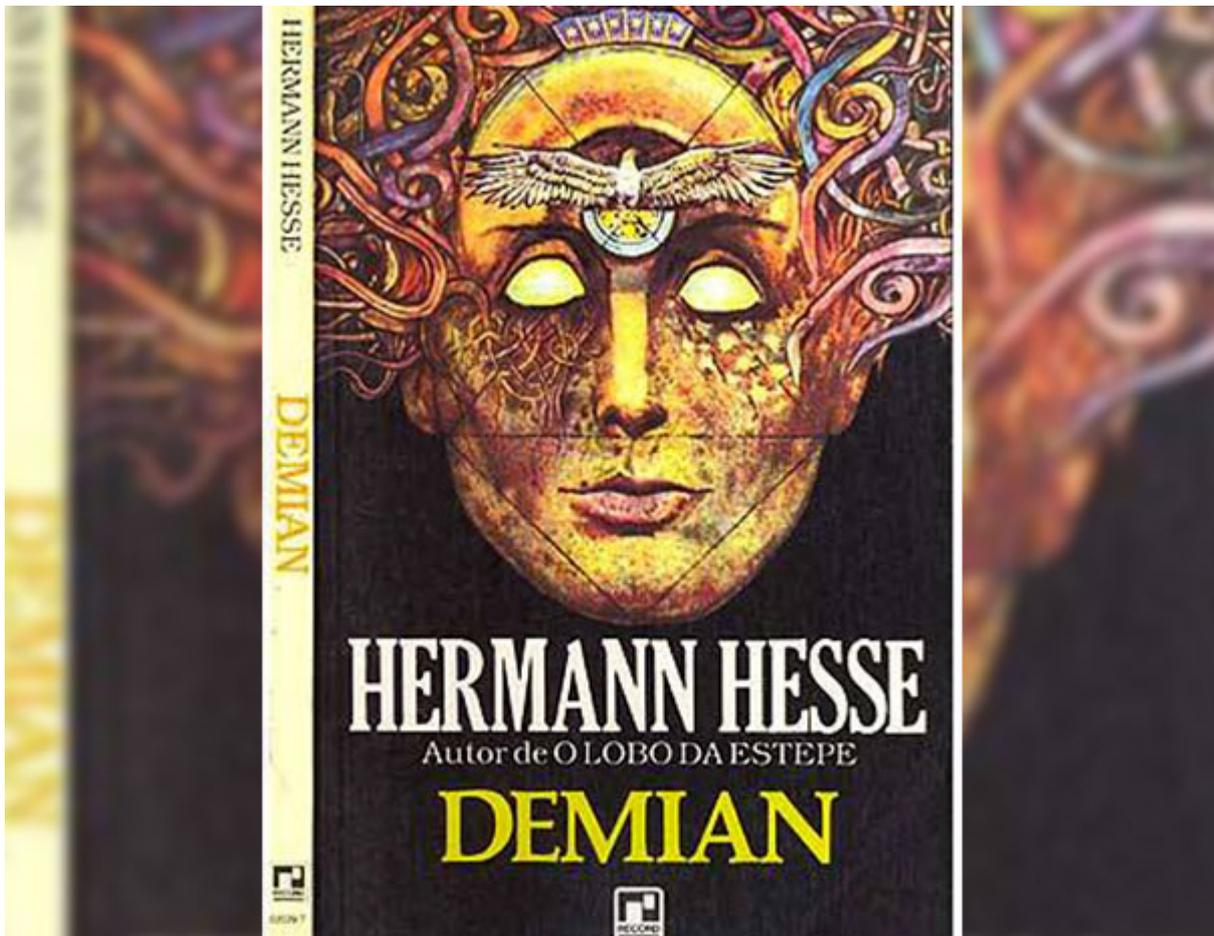
Por Ramón Cuéllar Márquez

La Paz, Baja California Sur (BCS). Leí el *Demian* a principios de los 80 gracias a la insistencia neurótica de un tío devorador de libros, con quien tuve una relación familiar disímbola, pero que me dejó una de las más grandes enseñanzas:

Leer aquello que deja huella. Siempre compartíamos **lecturas** y aunque a veces las mías no le cuadraban del todo, terminaba diciéndome que le habían gustado.

Demian fue mi primer libro de **Hermann Hesse**, luego le siguieron varios más, despertando en mí una necesidad no sólo de **leer**, sino de adentrarme en sus historias, por la precisión con que describía mis emociones adolescentes como por el hambre de expandir la **inteligencia** y las capacidades del espíritu. Todos aquellos **libros** me dejaron un hálito sustancial que determinó parte de mi decisión de dedicarme a las **letras**: yo quería escribir como **Hesse** o al menos tener la capacidad de reflejar mi realidad inmediata. Y fue la **poesía** la que me dio una porción de ese influjo, que me atrapó durante años e hizo que abandonara mi interés principal que fue la narrativa.

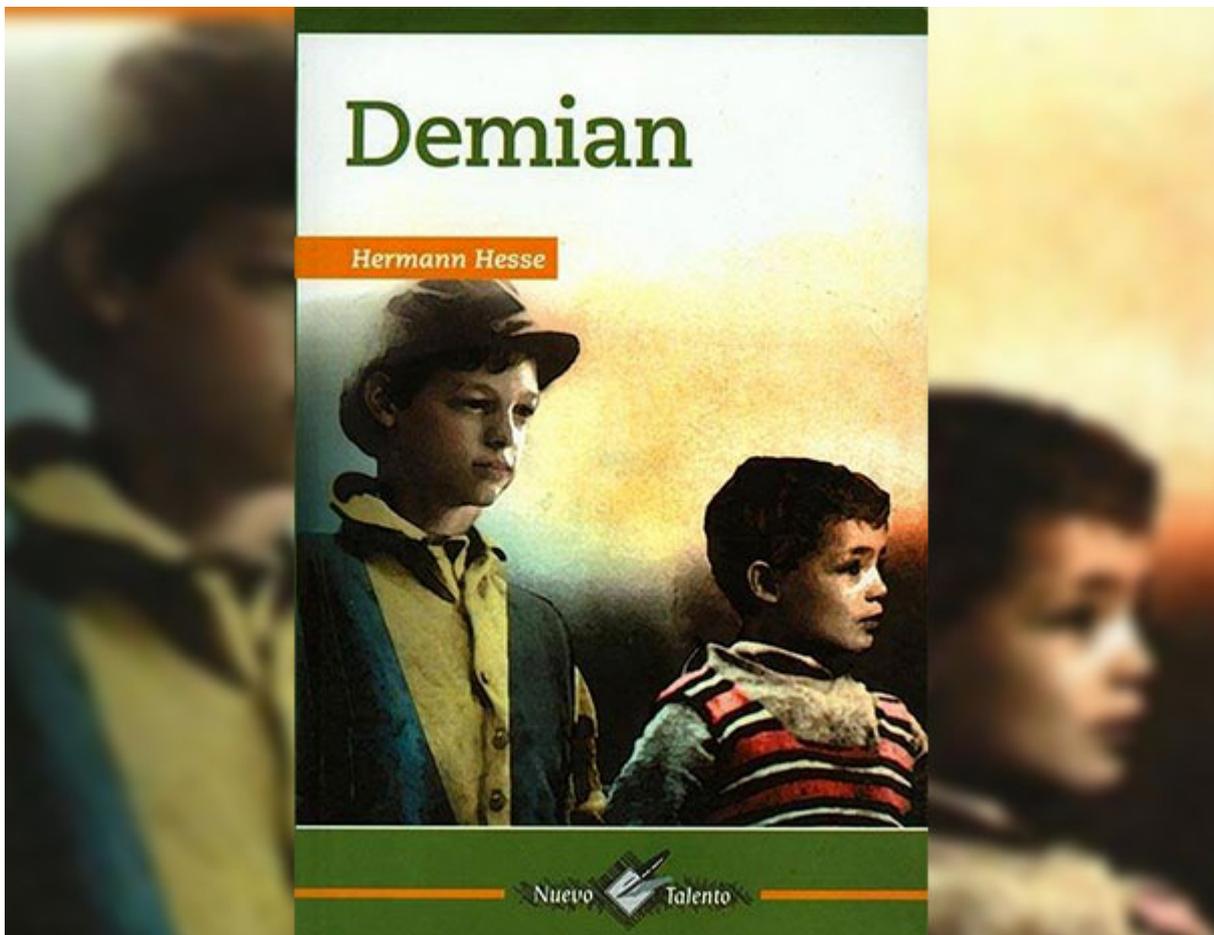
También te podría interesar: [Te echaré la culpa a ti, de Rodrigo Guluarte Hale](#)



Hoy que escribo esto, conmemorando los **100 años de su publicación** –aparecida en marzo de 1919 como *Demian: Historia de la juventud de Emil Sinclair*–, que releo la novela, y recuerdo todo lo que me produjo e impactó cuando la leí: de algún modo el adolescente que fui renace y toca aquellas dudas y miedos, aquellos dolores e impulsos de ser un participante activo del **arte**, como en una memoria fotográfica, un álbum de emociones que se va abriendo página por página que me es familiar. Yo no quería ser **Emil Sinclair** sino **Demian**, actuar y sentirme tan contundente con la vida como él; pero la realidad se imponía para decirme que para pasar a ese otro mundo me hacía **falta vivir el instante** y todas las épocas, todas las amistades y todos los amores.

El joven Demian era una metáfora del crecimiento, de la dualidad, de la inteligencia, del conocimiento, de la crítica a la realidad, ¿quién no querría ser como él? En cambio Emil era un opuesto que requería salir de su burbuja infantil y su educación religiosa, romper con sus cotidianidades para que

la vida fuera menos amenazante y menos injusta. Un Demian provocador. Así, **Demian** me llevó de la mano a otros hermanos suyos en los demás libros de **Hesse**, porque de alguna manera era una continuación de la búsqueda que ya se había lanzado al abismo, como *Altazor*, en su caída libre en paracaídas.



La historia de la vida de **Hermann Hesse** está en sus libros, y no es un cliché decirlo porque hablan de su propia evolución humana; por ello no es gratuito que la primera edición en 1919 llevara como seudónimo precisamente el del **personaje** que narra en primera persona: **Emil Sinclair**, una especie de máscara para hablar libremente de un tiempo de su vida adolescente. Y el fruto final es una novela honesta, que nos guía con una lámpara de palabras para caminar a tientas pero también con luz dentro de la narración y cuyo **sentido profundo** impulsara a leer a miles de jóvenes alemanes de la posguerra de principios del siglo XX para comprender su contexto y lo que podían hacer después de la devastación.



*No está de más que regresemos a **Hesse** y a sus libros para que los hallazgos del adulto sean de trasladados a los jóvenes, tan necesario en estos días en que la imagen y la fácil **retórica del meme** inundan nuestras mentes frágiles y necesitadas de certidumbre.*

—

AVISO: CULCO BCS no se hace responsable de las opiniones de los colaboradores, esto es responsabilidad de cada autor; confiamos en sus argumentos y el tratamiento de la información, sin embargo, no necesariamente coinciden con los puntos de vista de esta revista digital.